





EL SABOR DEL MEJOR VINO

CUENTO

MARY GUERRERO

Sobre la arena de una playa ignorada, el cuerpo del hombre viaja a través de la noche luchando por sobrepasar el dolor y la calamidad; su rostro vuelto hacia el cielo sigue el curso de estrellas fugitivas; las manos abiertas, con las palmas contra la tierra —como si abrieran un libro antiguo—, entreleen en la arena húmeda los secretos de aquel sitio.

En esta posición descifra múltiples imágenes. Historias de islas vírgenes, mares atormentados por las tempestades, barcos arrastrados a la deriva por corrientes submarinas, farallones, acantilados cercanos semiborrados por la bruma, escollos cubiertos de algas y esponjas, bancos de coral donde reposan restos de proas y cascos herrumbrados de embarcaciones hundidas. Agua ensangrentada, maderos flotando en la cresta de olas inmensas, naves encalladas y destrozadas contra las rocas, fluían en su mente con la nitidez de las imágenes de los moribundos que se aferran a tierras desconocidas.

La vieja habitación de la rue du Seine empapelada con motivos de flores ocres ennegrecidas por la misma humedad que carcomía las paredes de los pasillos, la estrecha escalera de caracol cuyos peldaños crujían con un sonido familiar. Los planos desplegados sobre la mesa con la meta: DOVER, como primer itinerario de un largo recorrido hacia el mar del Norte, enmarcado en un círculo rojo hecho en lápiz de cera; la luz amarillenta de la bujía desparramándose sobre el estante repleto de libros que narraban historias de mar, viajes y aventuras reales e imaginarias. Recostado a la derecha del estante, los restos de un timón, una brújula, la bitácora sin estrenar, los implementos de navegación, el morral de lona, las botas de caucho para caminar sobre cubierta, que había encontrado revolviendo el basurero de la esquina; el impermeable remendado permanentemente oloroso a madera de cedro del baúl que había dejado su madre como único recuerdo.

“Buscaré trabajo a bordo de un barco mercante,
cuya ruta toque puertos de lugares exóticos.
Será la primera etapa”. - Pensaba el hombre.

En el angosto balcón bajo el techo, sus calzoncillos oreándose en el aire del invierno, en la cocinilla eléctrica una cacerola quemada, bajo el lavamanos una hilera de botellas de vino vacías; el abrigo de invierno

gastado por el uso colgando del perchero. El hombre lo descolgó y se lo puso sobre los hombros.

"Hoy es el gran día". - Dijo y salió a la calle.

Mentalmente recorría su habitación, sus pertenencias, los objetos y cosas dejados atrás, las acciones de cada día. Recordaba todo con sus más insignificantes detalles. Recordaba el pasamanos de la escalera renegrido por el contacto de las manos, el curioso sombrero de su vecina de cuarto, las canciones de Elisa mezcladas con el shampoo del baño, el insoportable olor a orina y excrementos del escusado del bar.

El golpe recibido en la cabeza había despertado imágenes dormidas y su memoria transitaba como en un sueño hacia lugares y acciones pasadas.

Recordaba las noches, hundido, como si sus pies hubieran echado raíces en el café habitual embaldosado de amarillo, en medio de paredes ornamentadas con arabescos y mosaicos con dibujos y motivos mezoárabes, bebiendo vino y cognac con los amigos de siempre, dejándose invitar de vez en cuando por algún turista extraviado, oyendo el batir enloquecido de las cocteleras, el escupitajo efervesciente de los sifones, los ruidos de "till" de las máquinas de juego, el choque de las copas, los besos furtivos que cruzaban el aire, las palabras teñidas de rouge de las mujeres. Acodado en la barra dejaba correr la alegría del vino irrigando el interior de su garganta y de sus sueños de hombre de mar.

Se reconoció así mismo, caminando cada mañana entre los escolares que madrugaban para ir a la escuela, de regreso de cada noche, de cada sueño, de cada borrachera, tanteando por las calles hasta encontrar la firmeza de los peldaños que lo llevaban al cuartito que compartía con Elisa.

Sus sueños se habían iniciado en la niñez, cuando su abuelo le habló por primera vez del mar.

"Una gran mancha azul-verdosa sin límites, a través del cual se viaja hacia algún paraíso por descubrir, a islas cuyas montañas son de oro y piedras preciosas, cuyos manantiales devuelven la vida a los muertos, curan a los enfermos y al hombre triste le da felicidad y sabiduría".

Desde entonces creció con la esperanza de hacerse marino y de lanzarse algún día a la conquista de una de aquellas islas mencionadas por su abuelo, habitadas por criaturas fantásticas y hasta donde el estiércol de las bestias resultaba maravilloso, pues servía de abono a una exuberante vegetación.

Hacia la adolescencia el alcohol le sedujo arrastrándolo en sus viajes de fábula, fue para él una bella mujer, una bella aventura, sin embargo no logró desterrar totalmente los viajes marítimos que había urdido su mente. Sólo que entonces sus sueños cobraron otro cariz; anduvieron de la mano

del vino, adoptaron la compañía de los borrachos y las prostitutas, se arrastraron por el suelo de los bares entre vómitos y escupitajos.

Bajo la débil luz de un sol que se quebraba fragmentándose en el follaje próximo, creyó adivinar repentinamente, los pasos y risas de los niños camino de la escuela haciendo crepitar la grava de un jardín cercano, risas de mujeres ebrias y conversaciones de noctámbulos a quienes la luz de un nuevo día ha tomado por sorpresa. Creyó asimismo recibir en pleno rostro un chorro de orines ácidos y calientes, que posiblemente eran espuma y agua de mar.

Sus ojos moviéndose dentro de las órbitas persiguieron una pista para identificar el lugar abordado, una isla desierta quizás, pues alrededor no percibió ningún sonido humano que pudiera reconocer, aparte de aquellos sonidos e imágenes que tomaban por asalto su imaginación convulsionada por la fiebre.

Al tantear con los brazos, tropezaba con las astillas del barco esparcidas a su lado, cerca del rostro, confundidas con trozos de sangre coagulada; pues aquellos grumos gelatinosos que palpaba al mover incesantemente las manos sobre la tierra, eran su propia sangre.

Intentó moverse, desplazarse sobre la superficie de aquel islote desconocido en busca de ayuda, pero un agudo dolor en la espalda y en el rostro lo mantuvo rígido, el leve movimiento intentado sólo logró agudizar y acelerar el dolor penetrante.

¡Imposible moverse! Sentía el rostro comprimido entre alguna mandíbula formada por los restos del casco del barco, o quizás el velámen que le había caído encima. Un hilo de sangre había dejado de manar desde la frente y una costra dura se le había formado sobre la nariz, el mentón y el cuello. ¡Imposible moverse!, alguna costilla fracturada en el costado derecho le aplastaba contra la tierra.

Recordó a Elisa, su pequeña medusa rescatada de las alcantarillas de la rue Saint Denis, poseedora de unas mallas negras abotonadas sobre el pubis que le circulaban a lo largo de los muslos y se adherían a las caderas como parásitas. Unas mallas que sólo se quitaba en verano para lavar y remendar. Por más que intentó no pudo contar los remiendos de las mallas de Elisa. Recordó a Elisa haciendo el amor con las mallas puestas, sólo bastaba desabotonar los tres botones sobre el pubis, dismantelar el camuflaje que cubría las imperfecciones de sus piernas roídas por la poliomiélitis. Recordó a Elisa venida de algún asidero de la vida para servirle de punto de apoyo, recordó en sus rasgos los restos de una antigua belleza trágica y amarga. Recordó el aliento de ajo y pimienta de Elisa cuando se encontraba con ella cada mañana para subir juntos, —sosteniéndose el uno al otro— las escaleras hasta el cuartico. Recordó a Elisa comiéndose un sand-

wiche de "paté de foie" antes de lavarse los dientes manchados de vino y besos baratos de otros hombres. Elisa desayunando los domingos; combinando sorbos de café negro y cacahuets, mientras bordeaba la taza con sus dedos amarillentos de nicotina.

La recordó ninfómana, presentándole su clitoris a los desconocidos, regalando su sexo en las callejuelas y bajo las mesas de los bares. Recordó su vagina llena de inmensos archipiélagos y bahías, el mar de la vagina de Elisa donde navegaban sus sueños, donde sus barcos atracaban para librarse de la soledad y la frustración. Ese océano donde purificaba su fracaso y emergían países fabulosos mientras ella movía incesantemente las piernas para devorarlo.

La recordó sirviéndole de lazarillo, ofreciéndole monedas para el vino de cada noche, mientras ella "trabajaba" en cualquier rincón de la calle, sin que sus clientes baratos tuvieran suficiente dinero para pagarle un miserable cuarto de hotel.

La recordó empujándolo e incitándolo a realizar aquel viaje, porque "Quiero verte regresar con la piel curtida por el sol de todos los mares y los bolsillos repletos de monedas de oro". La recordó diciendo: "Te amaré más si realizas tus sueños". A ella que cada mañana encendía la deficiente calefacción, preparaba una sopa de cebolla fuerte y una docena de castañas asadas al calor de la estufa.

Recordó la colección de estrellas de mar e hipocampos de Elisa.

Pegado a los recuerdos, haciendo una sola cosa compacta con ellos, vio forjarse entre la maleza y el viento, otro amanecer. Un sol débil comenzaba a quemarle dolorosamente las heridas. Distinguía escasamente el día de la noche pues la sangre reseca que formaba costras en su rostro le enturbiaba los ojos.

Sintió muy cerca los ruidos del mar entremezclados en su memoria con las campanadas del reloj de la iglesia de su barrio, y el sabor de la arena fue confundiéndose en su graganta con el sabor de la sangre y los desperdicios arrojados en alguna calle del mercado; sabor a tomates, frutas podridas y excrementos.

La fiebre y los escalofríos se sucedían a intervalos regulares, al llegar la noche, en medio del delirio creyó advertir una lumbre alrededor de la cual los nativos de aquellos parajes desconocidos, se disponían a celebrar un banquete o una ceremonia. Arrojan algunas sustancias a su lado, —suponía desperdicios—, le caían encima materias blandas semejantes a heces fecales por su olor repugnante. Constató con horror que la descomposición que se había desencadenado irreversiblemente en su piel comenzaba a atraer a las ratas y él no tenía ni fuerzas ni poder para evitarlo.

Entonces tuvo certeza de que el viaje urdido junto a Elisa ese día, había perdido su objetivo inicial, que lo maravilloso de la aventura se había trocado en pesadilla. Sus sueños perdían fuerza, su cuerpo —cascajón del sueño—, comenzaba a quebrarse e irse a pique a la intemperie de una tierra ignorada.

Elisa había trabajado incansablemente durante varios días para proporcionarle algún dinero. Esa mañana se levantó dispuesto a embarcarse e iniciar al fin su codiciada aventura. Los países del sur eran pródigos en esmeraldas, oro y diamantes. Vestido de marinero con el talego al hombro se encaminó con el propósito de llegar a Dover antes del amanecer. Allí tomaría el barco-mercante y realizaría la travesía ofreciendo sus servicios a bordo hasta que el barco atracara en algún puerto de Asia, desde allí seguiría navegando el Pacífico rumbo a tierras australes intentando localizar alguna isla desconocida. Alguna isla cuyo nombre, posición y origen no esté aún establecido, ni figure en las cartas geográficas de navegación.

“Es un sueño sencillo. Un sueño que todos los hombres de la tierra tienen posibilidad de soñar y realizar” — pensó.

Tenía todo dispuesto. Había consultado los horarios de trenes que salían hacia Dover anotándolos en su agenda. Pensó ir andando hasta la estación del metro más próxima para dar una última ojeada a la ciudad; desde allí dirigirse a la estación central y adquirir un billete BOULOGNE-DOVER de segunda clase. Tenía tiempo suficiente de recorrer un poco la ciudad envuelta en la bruma del invierno, las calles familiares, las esquinas de cada día.

“En otros lugares el sol debe ser intenso y constante. Le gustará a Elisa. Escogeré un lugar ideal para construir una casa agradable y cómoda para ella y así podrá retirarse de la profesión”.

—Cuando encuentre un sitio digno de ti, vendré a buscarte. Envejeceremos juntos, le dijo al despedirse.

Sus amigos en el bar le obsequiaron el mejor cognac de su vida. A todos hizo la promesa de escribir desde cada puerto; muchos de ellos dejaron colar como al descuido algún billete en el bolsillo de su chaqueta.

Camino hacia el metro encontró un bar, allí se detuvo, allí bebió. Allí pensó en la cálida aunque imperfecta piel de Elisa. Allí planificó la forma de echar las bases de la casa que construiría para ella, el grosor de las columnas, el declive del techo.

La segunda escala la realizó unas cuadras más allá en la calle de Los Cuatro Vientos, allí estuvo hasta que las luces de la noche lo sorprendieron soñando en un rincón frente a una copa de vino tinto. Le quedaba tiempo de tomar el tren de las 10 p.m. y de llegar a Dover antes del amanecer. En invierno la noche se echaba más aprisa sobre la ciudad, eran las seis de la tarde y los anuncios comenzaban a parpadear entre la niebla.

En las horas sucesivas que aún le quedaban se detuvo otras tantas veces soñando y bebiendo. Nunca el tiempo se le había hecho tan corto, esfumándose en cada mirada, en cada trago de vino, en cada movimiento interior. Desde la ventanilla de un tren hacia sus sueños recorría ebrio la nueva dimensión que había tomado su vida. Veía desfilar los edificios, los árboles, los avisos de la ciudad que se despedía vertiginosamente; también se hacía de repente oscuridad total cuando el tren entraba en algún túnel y volvían a resucitar luces lejanas entre la niebla de la noche.

Tartamudeó muchas veces ante las ventanillas de los tickets, cuando llegó el momento de cambiar de tren. No tardó mucho tiempo hasta que percibió el olor del mar y se tambaleó sobre la cubierta húmeda de un barco que cruzaría el Canal de la Mancha. Recordó otros bares y otras ciudades, otros idiomas ininteligibles, otros rostros que corrían llenos de prisa a su lado.

Sin embargo, no recordó con precisión cuántas horas o días de navegación habían transcurrido, cuando la tempestad sacudió el barco como un juguete y el destino lo había derribado con violencia sobre la arena de esa isla que ahora palpaba con las palmas abiertas.

Las fuerzas le abandonaban, el agua del mar salpicaba su cuerpo y el salitre le quemaba los labios resecos y agrietados. Le dolía la espalda y tenía sed. El sabor indefinible de la tierra le llenaba la garganta y el salitre irritaba el fondo de sus pupilas. Nadie a muchas millas podía ayudarlo, rescatar su cuerpo de la intemperie y de las manos de la muerte y conducirlo a un refugio sombreado y fresco bajo los árboles donde el sol no lastimara tanto sus heridas y pudiera, al menos morir tranquilo.

Estaba agonizando, lo presentía. Tantos días u horas tendido allí, arras-trándose entre recuerdos y sensaciones vagas, no eran más que el resultado de una prolongada agonía; entre el delirio y la fiebre vagaba su mente en un viaje sin rumbo. Estaba aprisionado en las garras de la muerte sin posibilidad de moverse y solicitar auxilio de uno de aquellos habitantes fantásticos que pueblan de ordinario esas islas remotas.

De cara al cielo, con los restos de lucidez que aún quedaban en su mente, recordaba a Elisa en alguna parte del mundo esperándolo, mientras él era náufrago en algún lugar irreal... Entonces decidió permanecer tranquilo y esperar... Esperar la muerte, esperar la muerte recordando a Elisa extraviada en la noche, liberando su clítoris insaciable de la malla de seda

con los labios manchados de vino y besos baratos. Esperar escuchando la risa cada vez más nítida de los escolares camino a la escuela y al evocarla se hacía más penetrante y aguda; mientras él, regresaba a su habitación con el aliento reseco de los alcohólicos, recordar los saludos de los vecinos, los rostros de los parroquianos del bar, los sifones enloquecidos y las máquinas de juego repitiendo... "till... till... till...".

Al llegar la noche, la risa de los niños volvió a borrarse de sus pensamientos, y con la noche los escalofríos se intensificaron y su memoria comenzó a ponerse turbia, incoherente, enhebrando una imagen con otra, un recuerdo con otro.

En sus ojos semicerrados apareció el barco abatido en la cresta de una ola de varios metros y arrojado sobre la arena de aquellas tierras que comenzaba a conocer y descubrir al contacto de sus manos, aquella tierra cuya suave textura se le diluía entre los dedos, aquella tierra que leía en la oscuridad de la noche descubriendo sus misterios; aquella tierra que adivinaba el contacto de los dedos mientras desaparecía. Aquella tierra del color del mejor vino, de la mejor aventura.

Respiró a bocanadas el aire cargado de mar con su aroma de peces, algas y raíces. Y cuando en un intento pudo abrir los ojos por última vez, vio la luna encima de su cara, rozándole el rostro recién dormido entre los escombros y sonrió por haber realizado ese viaje, ese sueño, porque finalmente había llegado a alguna parte...